

Colección dirigida por Ricard Bcllveser

Vil

Traducción al castellano del autor

•=i-W I protagonista de esta novela es el archiduque Ludwig Salvator, sobrino del emperador Francisco José de Austria y de la emperatriz Elisahelh. Sissi.

Liuhvig Salvator fue el tercer hijo varón de Leopoldo 11. el último gran duque de Toscana. la rama italiana de los Habsburgo. Su madre era princesa de Nápoles y Sicilia. En 1809. cuando todavía era un muchacho, a causa de la guerra por la unificación de Italia, los camisas rojas de Garihaldi obligaron a su familia a abandonar para siempre llorençia y a buscar refugio en el castillo de Brandvs nad Labem. cerca de Praga.

Nueve años después, el 8 de junio de 18(17, los emperadores de Austria fueron coronados como revés de Hungría en la catedral de San Matías de linda mientras sonaba la Misa de la Coronación de Liszl. El conde magiar Gvida \iidras-sy. líder de las reivindicaciones húngaras, sostuvo la corona de Hungría sobre el hombro derecho de la reina Erzsébet. Ludvvig Salvator, que entonces tenía veintidós años, asistió a la ceremonia con su familia y COÍ Matilde, su prometida.

tn mes después, Ludwig Salvator. acompañado por su tutor, el conde Sforza. fue por primera vez a Mallorca. I na joven gitana, ai leerle su destino en la palma de la mano, le anunció (pie su muerte estaría precedida por la de otras seis personas muy queridas por él. Aunque hacía muy poco que los revolucionarios habían fusilado al emperador Maximiliano I de México.

Ese invierno, en Brandvs nad Labem. Ludwig se dedicó a ordenar las anotaciones y dibujos que había tomado en Mallorca y empezó a escribir su obra más ambiciosa. *Die Batearen in wort und bildgeschilderl*, que pensaba dedicar al emperador. De vez en cuando recibía la visita de Matilde. \ hacían planes para casarse, sin saber que la primera de las muertes anunciadas planeaba sobre sus cabezas. En electo, durante el descanso de una representación de ópera a la que

l. Joscip Palomero. 2008

l'. De la pre.senti' edición:

Insililució \lfons el Magnánim

Dipulació de Valencia. 21X18

(imiiii. 16

íoOOi Valencia

janimal tonselmagnanim.com

uwu alfonseimagrianifiLcom

Dilmjii (ie Josci-i Palomero |>ani la cubidla

\ lelra capitular de Juan Ramos

Depósito Legal: V-20119-2(X)8

IniprcTitEI Lluí.s Palacios. Sueca

él no asistía, ios vestidos de "Matilde, que en el paleo jugaba con cerillas, se prendieron \ murió quemada. Ludwig empezó a tomar en serio el mal augurio de la joven gitana.

Uías de un año después, cuando apareció el primer volumen de su obra. Ludwig acudió al Hofburg para entregárselo personalmente al emperador. En el transcurso de la entrevista Francisco José le recomendó que visitase a la kaiserina. la cual, en efecto, le recibió en su gabinete privado ai cabo de unos días. \a se conocían, se tenían una gran simpatía v se permitían algunas confidencias.

CAP fie LO \
L\ REINA *mv.* HUNGRÍA

Lnos días de noviembre de 1869

La camarera mavor de la emperatriz. Paula Belégarde. condesa de Königsegg. experta en ios entresijos del Hofburgo. sabía perfectamente que aquel billete no podía demorarlo. Llevaba lecha de hacía una semana \ estaba escrito en una caligrafía tleedida. ágü e inclinada hacia la derecha en papel con membrete del Hotel Imperial, lo que le produjo una cierta estrañeza, pero atribuyó esta rare/a al carácter del expedicionario. Luís Salvador, a quien, por las informaciones de que disponía, consideraba un alma en pena. Sabía, no obstante, que la kaiserina le adoraba, v la expresión de este sentimiento por parle de una mujer que demostraba al resto de la humanidad tener el corazón cautivo en una coraza de hierro le resultaba aún más incomprensible. W. pues. Iras consultarlo con la emperatriz, dio curso a una nota en la que le citaba para el día siguiente a las cinco en punto de la tarde.

Luís Salvador hacía una semana que deambulaba por la capital del imperio, esperando una respuesta del Hofburgo que no llegaba mítica. Había deseado regresar a Praga el día siguiente de haber celebrado la audiencia eoi el emperador, pero decidió quedarse algunos días más a fin de poder satisfacer así la sugerencia del tío. Movido por una profunda melancolía, se distrajo como buenamente pudo. Visitó ei Theresianum. el antiguo colegio para hijos de nobles funda-

do por la emperatriz María Teresa de Austria donde, al llegar de Florencia, había asistido a clase durante su primera juventud. Kn el café \ pastelería Deinel degustó de nuevo los originales *kipfels* conocidos en París como *croissants*. v tenidos efectivamente por franceses— que los pasteleros de la ciudad idearon durante el asedio turco de 1183, dándoles forma de cuarto creciente, imitando así el emblema de los estandartes otomanos. Deambuló por el Prater, ei paseo más elegante de Europa, donde pudo observar cómo una comitiva de ingenieros infatigables pateaba el parque arriba v abajo con objeto de efectuar los cálculos necesarios con que se tenían que iniciar las inmediatas obras de la futura Exposición Internacional. Una noche, en compañía de su hemiarío Juan, asistió incluso al Teatro de la Opera, el primer edilicio del Ringstrasse. que se había inaugurado en mayo de aquel mismo año con un *Don Ciovanru* insípido.

Aquel viernes de noviembre que tenía que ser recibido por la emperatriz de Vustria. Elisabelh se había levantado. como durante todo el invierno, antes de las seis de la madrugada. La condesa de Königsegg. cuando ella hubo saltado de la cama, supervisó cómo las camareras la avudaban a ceñirse unos pantalones v a ajustarse un corpino sin mangas. Después de recogerle la mata de los cabellos con una ingeniosa combinación de pinzas y ganchillos de oro \ de aplicarle una *toilette* adecuada para limpiar el augusto rostro de la máscara de carne de ternera picada que le habían aplicado antes de acosLarse. a fin de que mantuviese el cutis terso y la piel estirada mientras dormía, la emperatriz pasó a continuación a la sala adyacente del Hofburgo donde había ordenado instalar una batería de aparatos gimnásticos, idéntica a la que le esperaba nada más levantarse en cada uno de los palacios v castillos donde tenía dormitorio propio. Era aún noche oscura cuando, absolutamente despabilada, después de haber liquidado una serie de abdominales, la kaiserina se empinó a las anillas del gimnasio como le había enseñado a hacerlo Einilc Loisel. una saltimbanqui del (arco Rcnz de su absoluta confianza, y se dedicó a enrollarse del derecho y del revés suspendida en el aire sobre su propio cuerpo, llevando las piernas arriba y abajo con unos impulsos elásticos que habrían hecho las delicias del pribiieo del famoso espectáculo que aquella temporada trabajaba en el

El rator. Tocaban diana en el regimiento de la guardia imperial cuando ella, que aún no había empezado a sudar, dejó las anillas y se abalanzó sobre las paralelas donde repitió en parte los mismos ejercicios que la ayudaban a mantenerse, al frente del imperio, más flexible que una espiga de trigo azotada por una racha de viento permanente. Empezó a continuación una serie de carrerillas rápidas para efectuar diversos saltos sobre el potro > el caballo, y finalmente llevó a cabo una serie de volteretas sobre el plinto, que únicamente consideró satisfactorias cuando se dio cuenta, con la frente húmeda, de que había empezado a sudar.

En el cuarto de baño le esperaba entonces una barreño con agua fría, que las criadas habían ido llenando acarreado cubos: cuando se quedó sola con Paula Bellegarde, la condesa la ayudó a desvestirse y ella, que jamás se estremecía por la temperatura del agua, se introdujo sin permitir que la impresión de frialdad dejara que se le escapase la más mínima expresión de contrariedad. Al cabo de unos diez minutos insufribles salió, se secó y pasó a continuación a una segunda bañera que contenía aceite de oliva tibio, que se hacía traer de una región remota del sur de España, en cuya verdosa densidad se sumergió durante un buen rato hasta que, valiéndose de la asistenta para evitar dar un resbalón, se trasladó a un tercer recipiente (que esta vez contenía agua caliente, donde dos mozas le enjabonaron a fondo cada poro con la espuma de un gel fabricado expresamente para clia en París que la dejó absolutamente imaculada. Finalmente, una fisioterapeuta que pesaba más de diez arrobas y (que, como ella, era bávara, la esperaba con los bíceps remangados para aplicarle un tormento de veinte minutos, a lo largo de los cuales le reblandeció cada uno de los músculos del cuerpo, clavándole los ganchos de los dedos entre las fibras, los tendones y las articulaciones, a fin de ablandar cada una de las terminaciones nerviosas de aquella regia neurasténica.

Aún no habían dado las ocho cuando la emperatriz, que ya se había puesto encima una bata de seda, regresó al dormitorio para tomar un café suave, sin azúcar; aquel día le apeteció probar unas cucharadas de una crema blanca, agria y espesa que procedía de los pastores de las montañas de los Balcanes y que, en toda Austria, sólo ella era capaz de ingerir. Tomó.

pues, algo de yogur e indicó a la Bellegarde que va podía pasar la aim Angerer, la mujer más importante de la corte. Esta peluquera tenía entonces en sus manos no sólo la cabellera más extraordinaria y admirada del mundo, que llegaba hasta el sucio, sino sobre todo el humor de su propietaria, a quien la posibilidad de (que se desprendiera uno solo de aquellos cabellos la horrorizaba. Con sus trucos, Fanny la tenía contenta. La emperatriz se quejaba de vez en cuando de aquel ceremonial diario que duraba alrededor de dos horas.

— Soy una esclava de mis cabellos. Fanny se lamentó. \ de ti, que me tienes absolutamente dominada.

— Estos cabellos, majestad, son la corona natural de vuestra extraordinaria belleza respondió la peluquera con calculada improvisación, mientras distribuía aquella magnífica mata en manojos menores que colgaban de su cabeza como guirnaldas. Recordad añadió aquella mañana- que el próximo lunes, como cada tres semanas, toca lavarlos: nos llevará, como siempre, todo el santo día. Esta vez probaremos con una nueva mezcla que hace prodigios: venia de huevo y coñac,

— ¿Quedaran bien así. Fanny?

¿Bien? —respondió la peluquera. Decir bien, es poco: ya lo he experimentado y os aseguro que quedaran espléndidos. \o lo dudéis, majestad, estaréis encantadora.

Mientras la peinadora desenredaba con tacto quirúrgico las inmensurables olas de aquella augusta cabellera que parecía una sedosa telaraña, Elisabeth solía entretenerse haciendo prácticas de húngaro conversando con Ida Frensch, una joven magiar que desde hacía algunos años se había convertido en su única confidente, y con la cual la reina de Hungría llenaba estas horas muertas de cada día, si no prefería que fuese la misma condesa de Königsegg quien le leyera en alemán versos de Heine, su poeta predilecto, que en la corte menospreciaban debido a sus conocidos ideales democráticos. Pero por expreso deseo suyo, durante la larga sesión de peinado de esta mañana, Paula Bellegarde tuvo que releer algunas emotivas descripciones de la isla de la calma que había señalado en anteriores lecturas del primer volumen de *Die Balearen*.

Como durante aquella temporada Elisabeth había decidido someterse a unas sesiones de pinlura que se decidían

en el último momento, según la disposición con que la emperatriz se encontraba para afrontar la segunda parte de la jornada, la condesa de Königsegg le preguntó cómo deseaba pasar la mañana.

¿Qué deseáis hacer hoy majestad? trató de averiguar dócilmente la camarera mayor, ofreciéndole diversas posibilidades—. ¿Esgrima, equitación, atender al señor \\ interhalter o alguna otra actividad?

Elisabeth quería acabar con las sesiones de pintura cuanto antes mejor.

Comunicadle al señor Franz Winterhalter que vaya preparando la paleta en el gran salón, mientras me vestís. Que le sirvan algún refrigerio, pobre hombre. Decidle también al general! Grúeme que hoy no montaré a *Gipsi Gilí*. ¡Ah! y cuando se presente en la antecámara, no olvidéis enviar de nuevo hacia su casa al teniente Ferdi Orzvi, Manarí, no obstante. sí que realizaremos ejercicios de esgrima añadiendo, para saber que se presente en el Hloíburgo a las nueve en punto.

Estir correctamente a la emperatriz a fin de que posara para el retratista de muda rostro tres buenas horas a un grupo de modistas especializada-*, las cuales, después de haberla ceñido a intervalos basta obtener la cintura de avispa de cincuenta centímetros que la había hecho famosa, se apresuraron a coserle sobre el propio cuerpo el vestido de gran gala, mientras Fanny le acababa de adornar los cabellos con una esplendorosa ristra de estrellas de diamantes. Elisabeth vestida así. estaba radiante y era perfectamente consciente de su belleza. Cumpliría treinta y dos años las próximas navidades, y después de cuatro partos se mantenía en un peso constante de cincuenta kilos que. de acuerdo con su talla, le proporcionaba una figura admirable.

Daba la una cuando Elisabeth compareció en el gran salón dispuesta a pasar a la posteridad gracias a aquel pintor alemán que había triunfado en el París de Napoleón III de Eugenia de Montijo. Les habían dejado solos por indicación expresa de ella y. a mitad de la sesión, cuando se detuvieron para descansar, la pregunta de la emperatriz no pudo sorprender al retratista porque, de hecho, la esperaba desde el primer día.

--¿También usted la encuentra tan bella como aseguran, señor Winterhalter? le inquirió directamente.

La verdad es que sí. majestad, respondió el interpelado sin tapujos. A pesar de que debe tener unos doce años más que vos. os puedo asegurar que. efectivamente, se trata de una mujer bellísima.

Le lleva más de trece puntualizó la modelo.

Después de esta respuesta que no dejaba lugar a dudas, se reemprendió la sesión que. como la primera parte, transcurrió sin interrupciones. Al finalizar, Elisabeth volvió sutilmente a la carga.

— Señor Winterhalter - dijo concisamente - me gustaría mucho (que un día. si luese posible...

El pintor, que había adivinado el deseo de la augusta modelo, salió en su ayuda desviando amablemente el curso de la insinuación.

Al próximo día. majestad, os mostraré los esbozos, si eso es lo que anhelaís contemplar.

— Le estoy reconocida, señor \\ interhalter. Es usted todo un caballero. Cuento por anticipado con mi agradecimiento, porque no quiero únicamente (que me las muestre, ^a sabe que las colecciono —dejó caer la emperatriz antes de retirarse.

— Tendréis lo que deseáis, majestad, pero cuento con vuestra discreción -rogó el retratista, el cual tuvo que oír como la kaisarina. sin volverse, le respondía:

— Lo seré tanto como usted. \\ interhalter y diciendo esto se abrió la puerta y desapareció como únicamente ella sabía hacerlo: caminando como si. de hecho, hubiera levantado el vuelo una exótica mariposa blanca.

(Cuando Luís Salvador apareció vestido de etiqueta en el Hloíburgo, un cuarto (le hora antes de la cita, la kaisarina. que había tenido que pasar de nuevo por las manos de las modistas, se había recogido unos momentos después de comer una manzana al horno. Este fue el único aumento sólido que había determinado tomar aquel día. va que atravesaba una de las sus continuas curas de hambre que de hecho le habían provocado una anorexia nerviosa. La emperatriz ni comía ni dormía. Se hallaba descansando cuando Paula Bellegarde entró sigilosamente a avisarla.

— Media hora —imploró Elisabeth. Decidle a ese buen muchacho que tengo una jaqueca horrible y que le recibiré dentro de media hora.

Luís Salvador sabía que esperar media hora en el Huíburgo significaba aburrirse durante más de treinta minutos. Por eso fue él mismo quien pidió permiso a la condesa de Königsegg para poder acceder al saloncito que se utilizaba como fumadero, donde una vez obtenido el consentimiento de la camarera mayor, que le abandonó a su aire, extrajo un cigarro toscano de la petaca de plata y lo prendió para pasar el rato.

Elisabeth, mientras tanto, se había dormido. Entre los lenues vapores del letargo tuvo un sueño frágil en que revivió la aventura italiana que había compartido hacía dos años con la emperatriz de Francia. Así, navegando entre los círculos concéntricos de la somnolencia, se vio a sí misma en Salzburgo, donde transcurría el mes de agosto de 1867 y donde el cínico Napoleón III, acompañado por la discreta Eugenia de Montijo, se había presentado con la pretensión de transmitir personalmente el pésame oficial a la familia imperial por la muerte de Maximiliano de Méjico, de la cual debía sentirse responsable. La madre del difunto, la archiduquesa Sofía, no consintió en recibirlo y, por consiguiente, tampoco el emperador. Pero Elisabeth y Eugenia sí que hicieron todo lo posible para verse, conscientes de que estaban obligadas a encontrarse, porque las casualidades de la historia las habían reunido, a ambas, en una ocasión irrepetible. Tenían, de hecho, unas ganas irrefrenables de conocerse, atraídas por los elogios que habían oído respectivamente una de la otra, atraídas ambas por la fama mundial de su belleza sin parangón.

Electivamente, se citaron. Fue Elisabeth quien, amparada en el anonimato de un sencillo vestido de burguesa, con el rostro oculto por un oscuro velo púdico y con los cabellos recogidos con un discreto lazo, fue a visitar a la forastera sin compañía alguna tras haber acordado el encuentro a través de un sigiloso intercambio de billetes cifrados. Eugenia ya esperaba a la hora convenida, sola en el palacete. Había despachado a las camareras y al marido, le había organizado una tirada de patos silvestres. Los saludos que intercambiaron en francés fueron breves y afectuosos, los imprescindibles para pasar a continuación al oculto tocador de esa apartada villa, donde ansiosamente aquellas dos mujeres se apresuraron a desnudarse frente a una enorme luna hasta quedar

completamente desnudas, comprobando, atónitas, entre el jadeo temeroso de una respiración inquieta que, tal como habían oído contar, ninguna de las era, de hecho, más bella que la otra. Durante un buen rato aquellas dos gracias estuvieron contemplando cada milímetro de su cuerpo mortal, comparando sus divinas facciones con un intercambio de admiradas expresiones aprobatorias; pero cuando empezó a caer la tarde, con el regalo recíproco de una discreta perla, sentenciaron con un pacto cómplice aquel secreto que únicamente podrían volver a compartir en la tumba o tratar de revivirlo en sueños.

En este punto, Elisabeth se despertó sobresaltada. Había transcurrido la media hora de dispensa que había reclamado entonces, más que levantarse, la emperatriz de Austria se elevó del diván como si fuese una flor acabada de regar. Fue ella quien, extraordinariamente, fue al encuentro de Luís Salvador, el cual, cuando vio que se abría la puerta del saloncito y que era ella misma quien entraba, creyó que acababa de alcanzar el beatífico privilegio de contemplar una aparición. Obstante, el archiduque, respondiendo satisfactoriamente al entrenamiento a que había sido sometido desde el día de su tierna infancia, tuvo bastantes reflejos para levantarse de un brinco y someterse a los pies de la diosa mientras sobre el dorso de *au* mano impoluta depositaba el reverente ósculo de un súbdito.

—Pero Luís prorrumpió la emperatriz, como si hiciera solamente un rato que se hubiesen despedido — ¿qué es lo que fumas, hijo mío, que apesta tanto?

Antes de que el visitante pudiera aventurar una respuesta, ella misma sospechó:

Seguro que se trata de uno de esos pestilentes cigarros que te deben mandar de Toscana, es decir, de Italia —aclaró maliciosamente—. Ven conmigo dijo, mientras le sorprendía de nuevo cogiéndole de la mano. Amos a mi gabinete privado, que aquí no se puede respirar.

Siendo diez años mayor que él, Elisabeth trataba a este sobrino del emperador como si fuese su hermano menor. Se había fijado en él desde que, siendo aún un niño retraído y tímido, Luís compareció por primera vez en el Hofburgo formando parte de aquella *troupe* de exiliados que, sin perder la etiqueta, imploraban el favor del poderoso pariente.

Después, a través de sus padres, supo cómo iba creciendo y formándose. -hora hacía poco que el pequeño Luís Salvador, (pie ya se había hecho todo un hombre de veintidós años, había sorprendido a todos publicando el primer volumen de un libro raro \ curioso, testimonio irrefutable de la finísima y delicada sensibilidad que le caracterizaba.

En el gabinete privado de la emperatriz, decorado con damascos rojos, la mariposa imperial escogió fiara posarse el sillón cpie estaba puesto de espaldas a la ventana y rogó ai sobrino que se sentase a su lado. La única mácula de su cuerpo era la dentadura. } como se había acostumbrado desde hacía años a hablar y a sonreír con la boca cerrada a fin de evitar mostrar las imperfecciones de los dientes, únicamente podía ser oída si el interlocutor se hallaba cerca. El joven, pues, se aproximó a ella.

—¿Sabías. Luís, que yo ya estuve allí antes que tú? —le soltó, dejando Huir un hilo de voz.

Ei archiduque, como no sabía a qué se refería, optó por hacerse el sordo.

—Sucedió hace ocho años, en mayo de 1861. cuando regresaba de Madeira a bordo del -ictoriaá;Albert, el yate que me había prestado la reina de Gran Bretaña e Irlanda porque ya debes saber que sov sobrina suva. Entonces fue cuando visité Mallorca. Era la primera vez que me encontraba fuera de vienna durante tanto tiempo aclaró Eñisabetli - El emperador, que no me había visto durante seis meses, se desplazó personalmente a Trieste fiara recibirme con bandas de música y castillos de fuegos artificiales, porque creía que me había salvado de una muerte segura.

-¿Os gustó, majestad? -se interesó amablemente Luís.

¿Mallorca, dices⁰ ¡\a lo creo! —exclamó ella. Aunque estuve muy poco tiempo, regresaría mañana mismo. Pero como no puedo hacerlo, me dedico a repasar tu libro le soltó con un cumplido-. Me pareció más exótica \ agres-te que Gorfú. pero también mucho más civilizada. Donde sí <pic no volvería a poner ios pies por nada del mundo es en Madeira. ¿ves? - explicó la emperatriz. No conozco ningún otro lugar más aburrido.

No he estado nunca en Madeira - musitó el sobrino. Ni tampoco cu Gorfú,

\a irás, aún eres joven. En Corfú no se está mal del todo.'la sabes cuál es su principal atractivo: que cae lejos de la capital del imperio dijo, mirándole con ojillos cómplices, al mismo tiempo que extremaba aún más la voz.

»La primera vez que fui a Corfú —continuó explicando la emperatriz— fue al mes justo de haber regresado de Madeira. por prescripción facultativa conjunta de los doctores Skoda \ Eisbcr. los médicos de casa. Mira si debería estar verdaderamente nial de los nervios, que los rancios aristócratas de \ iena creían (fue no volverían a verme jamás. Cuando la corte me acompañó al tren, en la estación tuve el presentimiento de que. en realidad, habrían deseado despedir un féretro: devolverme muerta a Baviera.

Luís tuvo entonces la sensación de que Elisabelb. en realidad, más que conversar con él. estaba tratando de poner en orden sus pensamientos porque, de hecho, hacía rato (fue hablaba a solas. Pero el joven archiduque no pudo sustraerse a este razonamiento porque ovó que la emperatriz reclamaba de nuevo su atención.

"¡Enviarme muerta a Baviera. eso hubieran deseado! En aquella ocasión tarde más de un año en regresar a Mena, ¡til año entero, tuve a los cortesanos condenados al aburrimiento letal en (fue. parapetados cu la trinchera de la etiqueta, viven estas sanguijuelas de la maledicencia! exclamó la kaiserina. retomando el hilo del monólogo. De hecho, no han sabido jamás lo que significa la pasión de vivir. Para ellos, los límites del mundo coinciden con los muros del Hofburgo, con las paredes del Scbónbi'unn o. todo lo más. con el perímetro de las antiguas murallas, los bulevares del nuevo Ringstrasse. cuya principal atracción suponían que tenía que ser precisamente vo. ¿Te lo imaginas. Luís? Cuando me pierden de vista es como si la tierra se abriera bajo sus pies. Han confundido a la emperatriz con un mico del Circo Renz.

«Alejarme de la corte supuso tener que separarme de mis hijos continuó diciendo aquella madre desgraciada . Este fue el tributo que tuve que pagar por enfrentarme a mi suegra, la archiduquesa Sofía, quien, por si algo faltara, es hermana de mi madre: tía mía. por tanto. ¿Sabes a qué edad me casé con mi primo hermano. Luís? A los dieciséis años. V los diecisiete ya había dado a luz a aquella criaru-

ri cpe murió. Sofía. A los dieciocho \ino Gisela y. dos años después. .Rodolfo, „¿Qué querían? ¿Que tuviera dieciséis hijos, como la emperatriz María Teresa? ¿Y por qué no veían, si lo que esperaban de mí es que superara en todo a aquella matrona del siglo pasado? ¿hasta tal punto me consideraban una esclava del imperio, por haberme casado deslumbrada por el Toisón de Oro?

«Comprenderás que la única alternativa que me quedaba, como emperatriz pero sobre todo como mujer, consistía en huir. Sólo lejos de aquí lo percibí claramente. Me querían prisionera en una jaula de cristal de bohemia, mientras el imperio, minado por el hambre, las guerras \ las epidemias de cólera, se derrumbaba a pedazos. No tuve más remedio que huir,

Eüsaheth se detuvo un instante a beber un sorbo de agua. Entonces se dio cuenta de que alguien a su lado la escuchaba atentamente y volvió a la realidad.

—t tu. amigo mío. ¿también fuiste a Mallorca huyendo del peso de la púrpura imperial? le soltó de repente.

La pregunta desconcertó al sobrino, tanto porque estaba directamente dirigida a romper el peto de su corazón amodorrado, como porque basta ese momento Luís se había considerado un convidado de piedra que estaba gozando del raro privilegio de asistir a uno de los espectáculos más insólitos de la historia íntima de la humanidad.

—Naturalmente, majestad —respondió modulando la voz. Siempre que se emprende un viaje es porque se desea alejarse de algo.

Llevas razón. De hecho, yo ya no pude parar, porque viajar provoca tanta adicción como dicen que produce la morfina —reflexionó la emperatriz—. Te vas acostumbrando poco a poco, basta que ya no puedes vivir sin el atractivo de la velocidad. ¡Ali! exclamó, recordando algo—. Tu billete llevaba fecha de hace una semana. ¿Por qué crees que no le he recibido antes?

—Eso carece de importancia, majestad —respondió el sobrino—. Porque no habréis podido. Yo tenía cosas que hacer en \iena y estos días me han venido muy bien —mintió el toscano.

Luís era consciente del afecto que le dispensaba Elisabeth entre todos los parientes. Le había distinguido repe-

tidamente dándole pruebas suficientes durante la época en que, solo en Viena. se formó en el Theresianum, pero jamás había creído que este cariño terminara por transformarse en predilección, ni que este exceso de simpatía derribara los muros de la prudencia para convertirle, a los veintidós años, en testimonio cómplice de las intimidades de la emperatriz, la cual no sólo era una de las mujeres más bellas que podría llegar a admirar a corta distancia, sino también una de las más desgraciadas, tal como tuvo ocasión de seguir comprobando.

—No le he recibido antes porque regresé ayer de Hungría - comenzó a explicarle. Siempre (puedo abandonar esta ciudad hostil y, recorriendo el Danubio, me voy a Ofen: el vapor imperial me deja en el muelle Weisgerber desde donde, en menos de una hora, me llevan al castillo de Gódólló. ¿Lo conoces, todo aquello?

—Asistí a vuestra coronación, majestad —precisó Luís—. Consenso un ligero recuerdo. Me impresionó mucho el conde Andrásy, el hombre que sostenía la corona de Hungría sobre vuestro hombro derecho, mientras la *Misa de la Coronación* de Liszt llenaba las bóvedas de la iglesia de San Matías.

—Mal que les pese, la aportación de Vndrássy ha supuesto la salvación del imperio —aseveró Elisabeth—. La aristocracia magiar, que tan furibundamente fue sacrificada a consecuencia de los episodios (de 1848. había exigido desde entonces una reparación. Nadie les habría quitado de la cabeza la idea de formar parte equitativamente del imperio o, si no, de conseguir la independencia. Mal aconsejado por su madre, (puedo cuando veía acercarse a un húngaro se santiguaba porque consideraba (puedo magiares y eslavos eran la reencarnación del demonio, el emperador se resistía a efectuar cambios en la vida política y. mucho menos a legalizar el *Honvéd*, el ejército nacional, o a aceptar el *Ausgleich*. el compromiso de restituir a los magiares sus antiguos privilegios abolidos. ¿Tanto costaba otorgarles la constitución que deseaban instituir, a cambio de una monarquía bicéfala? ¿Se habría podido imaginar un pacto más satisfactorio para liquidar un litigio crónico? Dos estados diferentes (puedo compartían un mismo imperio y un mismo monarca. Lo que pasa es que. en el fondo, se trata de dos pueblos irreconciliables. No sé si durará muchos años este invento que, a pesar del

emperador y de su madre, urdimos y conseguimos imponer entre \ndrássy v vo. porque mientras los ir tinaros son liberales, sencillos v laicos, los austríacos son tutto lo contrario: conservadores, altivos v ultracatólieos,

«Fíjate como son. Luís prosiguió apasionadamente la emperatriz al recordar una anécdota ijue sufrió en sus propias carnes — que los vecinos de \iena aun no han digerido (jue no haya aceptado desfilar cada año bajo palio en ia procesión del Corpus Christi. Pero \o se que lo que no me perdonan es que les i i a y a robado esta excusa institucional para ponerme a tiro de sus críticas, porque lo único que desean es corrtemplar cómo depilo. «Mirad cómo camina» he tenido (pie escuchar más de una \ez. Camino como sé. vito romo quiero \ les aguento como puedo. Lslas son las reglas de juego.

«Los austríacos lodavía no han podido entender que mi hija pequeña. María alrria. sea húngara; que la única amiga que tenga. Tda Fcrrrczy. sea también húngara; que siempre que pueda, viva entre húngaros y que haga esfuerzos por convertir el húngaro en mi lengua habitual. ¿Por que se resistió a aceptar que \jvimos en una época diferente: '¿So veri que los tiempos han cambiado tanto que Gyuia Vndrássv ya no es un exiliado que arrastra una condena a muerte por las raíles de Londres y de París, donde, cuando le veían entrar en un salón, se referían a él llamándole *Ir bc.mt pendu*. sino el presidente del consejo de ministros de un país del cual soy soberana? Parece una paradoja, pero así como en Austria no he llegado a sentirme ni un solo día como una reina, en Hungría no han dejado de tratarme siempre como a una emperatriz. *Voila* la diferencia.

Mientras Lhsabeth hablaba, la tarde había ido cayendo. La camarera mayor, sentada en una salita de la antecámara, sufría imaginando la penumbra en la (pie deberían hallarse los ocupantes de la habitación contigua, pero rio sabía cómo resolver esta cuestión porque las condiciones en que se estaba llevando a caito aquella insólita entrevista, después de oclo años interrumpidos de estar al servicio de su majestad, errar nueras para ella. V) obstante, tomó la determinación de iluminar la estancia, ordenando ai criado encargado de la lumbre que ia siguiese.

La aparición de la eorredsa de Königsegg. quien les sugirió tornar una ta/a de té — que se apresuró a servir en un

juego de porcelana de la manufactura imperial de ugartcn. decorada con el estilo liicdermeier que se había hecho famoso durante el Congreso de \ierra— propició un cambio de nimbo en el discurso de la emperatriz. Cuando se hubieron quedado solos de nue\o. Elisabeth decidió examinar al imitado.

> bien - comenzó a indagar— ¿cómo te recibió el emperador?

Me concedió una audiencia de diez minutos. Siempre me parecen cortas, ias entrevistas con él —fingió Luís.

— El emperador es un hombre muy ocupado. Muchos días no abandona el despacho ni para comer —comentó Isabelii—. Cuando tiene apetito, ordena que ie sirvan cualquier cosa en uno de esos panecillos blancos que tanto le gustan —pan de iena, creo (pie se llaman precisamente en ias tahonas y sin dejar de leer papeles \ más papeles, da algunos bocados. Fu tío trabaja demasiado. A eces pasan semanas sin que nos veamos. Siempre ha tenido la equivocada idea de que él es la harina con la que se amasa el pan del imperio.

Esta comparación con la subsistencia diaria más elemental no pudo dejar de sugerirle, a Luís, otra complementaria:

- Si él es la harina, vos debéis ser la levadura...

Elisabeth se echó a reír, sin permitir que la abertura de los músculos de la boca mostrara la más mínima pieza dental.

— ¡Eso creía yo. que estaba llamada a ser el fermento de! imperio! —exclamó ella, divertida —, Pero pronto me di cuenta de que la única levadura admitida en la corte no podía ser otra que la de la archiduquesa Sofía. Desde el verano en que el emperador se enamoró de mí en Posseubolén, mi tía no ha dejado de hacerme la vida imposible.

Luís no sabía qué decir para cambiar de tema.

Su majestad imperial me dijo *qvc* os había causado una buena impresión *Die Balearen*...

-Me ha entusiasmado. Luís confirmó Elisabeth. cambiando por fin de conversación —. Es un libro que me habría gustado escribir. Pero, por io que he podido comprobar, ron este primer volumen apenas has comenzado la obra completa. ¿Cuándo piensas proseguirla?

Estov decidido a irme a vivir a Mallorca - soltó el joven, con una determinación inquebrantable.

¿Ves. Luís? respondió Lisabel. antes He reptil ir: ¿ves. qué poco te ha costado decir «estoy decidido a hacer eslo o aquello» v ponerlo en práctica? Cuando vo digo «estoy decidida a», el mundo Lénibla. Porque el mundo, desgraciadamente. es de los hombres.

O de los apatridas masculló el sobrino.

—Y de ios apatridas, sí —confirmó Elisabeth -, Porque, dime, ¿qué somos Itú v vo, en definitiva, sino dos almas en pena!¹ En eslo nos parecemos como dos gotas de agua. Munich fue para mí como para ti debió ser Florencia. Si tú perdiste íbseana. vo perdí Baviera. Por eso buscamos de nuevo sobre la lierra el lalujc de la infancia perdida. Ll problema es dónde \ cómo encontrarlo.

Tras esta reflexión, la emperatriz dejó la taza de té sobre la mesa.

- ¿Cuándo tienes prcvisto marcharle! —preguntó.

—Dentro de un año o dos abandónale Praga, majestad respondió Luís.

¿Para siempre! - insistió ella.

-Sí.

A pesar tfe la bre\edad fonética, este monosílabo produjo un eco CII el tímpano de Sisi parecido a las vibraciones transparentes de un diapasón. Tardó mi momento en rehaser, para musitar entre dientes:

—Tampoco yo creo que dure demasiado en Mena.

Peni cambiando repentinamente de expresión, agregó: ¿sabes qué?

- ¿Qué. Sisi.¹ —se atrevió a preguntar Luís Salvador. Mandando sin darse cuenta así a Elisabeth al cabo de tanto ralo de conversación.

Que iré a verte —respondió ella, añadiendo: \u era hora de que me llamas por mi nombre. Creía que no ibas a hacerlo en toda la tarde.

«Te decía (fue cuando le havas instalado, sea dentro de un año o dos —porque antes no creo que nos volvamos a encontrar . escribeme. \o te resultará difícil localizarme. Cualquier día le avisó me presentare de improviso allí donde estés y no le daré tiempo ni de hacer limpieza general. Entonces, si encontramos un momento, me gustaría que recordásemos juntos esla tarde.

- "lo no la olvidaré nunca. Sisi —murmuró Luís.

V). en cambio, haré todo el posible —le sorprendió ella una vez más -. Porque si no olvidara todos los infortunios (fue le he contado, el corazón me estallarí al recordar las desventuras que me he permitido compartir contigo. Eres un buen muchacho. Luís. Después de las confesiones que me has permitido hacerte, me siento mucho más relajada. Me has quitado un gran peso de encima v. sobre todo, te has convertido sin querer en una referencia incuestionable de mi vida. Cuando pueda, haré como lú: aprenderé a volar sola para siempre,

El joven archiduque de Austria-Toscana había percibido que ia entrevista estaba a punió de finalizar. Pero ella aún no había terminado.

-Lo primero que tendrás que hacer cuando llegues a Mallorca será enviarme una buena fotografa en la que se vea claramente aquel mar purísimo. l na buena fotografía. Luís, he dicho, no como aquel daguerrotipo que me remitiste hace un par de años desde\aiencia. donde tnicamente se veía un pedazo de ciclo v. como si fueseis dos moscas, tú v el condé Sforca. ¡Ah! —exclamó- . me has de enviar también tantos retratos como puedas de todas las mujeres hermosas que encuentres. Las quiero fiara mi colección. Cada día admiro más a las mujeres bellísimas consideró, sin segundas intenciones.

- Pero ninguna tan bella como vos. Sisi —se atrevió a manifestar el joven archiduque.

—No lo creas —respondió Elisabeth. coqueta . Sólo con salir tle casa se puede comprobar que el mundo está lleno de mujeres bonitas y listas, y de hombres esplendidos. Seguro que. ocasión, no le faltaré.

Y tras decir esto, la reina de Hungría se elevó de la butaca fiara acompañar al sobrino del emperador hasla la puerta de las estancias privadas del Holhurgo. Habían dado las ocho cuando Elisabeth le despidió personalmente, ignorando ambos que. a pesar de que sus deslinos eran coincidentes. se regían por las inviolables reglas de juego de las vidas paralelas.

Los secretos de Meissen

Novela 1ª ed. 11)94

CAPULLO V

Uno de los enigmas más codiciados en las principales fábricas europeas, de Europa a lo largo del siglo XVIII consistió en investigar, conocer y dominar los secretos de la fabricación de la porcelana —producto singular y carísimo que hasta entonces procedía exclusivamente de la remota China—. En la Ilustración, poseer un gabinete de porcelana se había convertido en un signo de lujo y distinción. Los reyes, los príncipes y los grandes señores se afanaban inútilmente por obtener el secreto de la receta de la pasta, tratando de conseguir una producción singular de estos objetos delicadísimos en sus propias manufacturas.

La producción de porcelana al estilo de Meissen en otras fábricas europeas, en Sajonia, Berlín, Venecia, fue sólo posible cuando los técnicos del Albrchtstsburg de Meissen se vieron obligados a dispersarse como consecuencia de la guerra de los Siete Años 1756-1763, en la que Sajonia resultó vencida por Prusia. Fue entonces cuando el conde de Aranda se percató de que podía contratar a un prófugo de Meissen para fabricar porcelana en la manufactura que poseía en la villa de Vitoria, pero Knipfler no pudo conseguirlo porque los enemigos de Aranda lo impidieron.

Al día de la sublevación popular del pueblo de Madrid de febrero de 1763, el ministro de Hacienda, Leopoldo de Gregorio, marqués de Squillace, fue cesado y el conde de Aranda, que era capitán general de Valencia, fue llamado por el rey Carlos III, antes Carlos II de Nápoles, para encargarse que formase gobierno. La audiencia que Aranda celebró aquella primavera en el gabinete de porcelana de Aranjuez con la reina madre Isabel de Farnesio, con quien le unía una estrecha amistad, resultó determinante para que el conde aceptase el cargo de primer ministro.

En febrero de 1763 Aranda tuvo las primeras noticias de que en la corte las cosas no iban bien para los secretarios y decidió mantenerse a la expectativa desde la atalaya privilegiada de su destino valenciano. Hacia finales de marzo, la situación llegó a ser del todo insostenible. El capitán general ordenó entonces a los comandantes de las guarniciones que dispusieran refuerzos especiales por si llegaban a producirse tumultos, especialmente en el populoso ducado de Gandía.

Mientras tanto, el conde había recibido una nueva misiva del obispo de Barcelona, monseñor Climent, con quien mantenía una correspondencia regular. El prelado cebaba pesimismo una vez más contra las actitudes ostentosas y poco piadosas de los jesuitas, recordándole que ese flagelo de la Iglesia, que había conseguido enseñorearse de las vastas regiones americanas, había sido venturosamente expulsado de los reinos de Nápoles, Portugal y Francia. En la primera oportunidad favorable que se presentase en la corona de España, se había de proceder del mismo modo. Decía aún más, el jansenista obispo Climent, hostil a la vacuidad de los sermones alejados de la evangelización espiritualista y enemigo declarado del poder creciente de los colegios mayores en los consejos reales. Había oído decir en la sede barcelonesa que comentaba de pasada, que los miembros de la Compañía, obedientes a la política romana, no eran ajenos a los disturbios ni a los alborotos que habían sido provocados en el entorno del monarca por la nobleza más retrógrada, la cual vivía anclada en los privilegios previos a las reformas del siglo.

Este anuncio confidencial resultó plenamente confirmado por el conde de Aranda cuando tuvo conocimiento en Valencia de los episodios madrileños. El regente expidió entonces un mensaje a caballo al real sitio de Araujuez en el cual hacía constar al rey su más absoluta lealtad a la Corona. Dicho ofrecimiento no cayó en saco rolo. A primeros de abril, el capitán general de Valencia y Murcia se entrevistaba con la anciana reina madre, la cual, gracias al dominio del lenguaje, reconstruía hábilmente las trazas de un mundo que sus ojos no le permitían ya contemplar fielmente:

—Os encuentro bien, señor conde, aún resultáis atractivo —fue el saludo que obtuvo como bienvenida—. Habéis tenido

siempre una bella estampa, \ucstra piadosa mujer debe lia I >er sufrido mucho por vuestra fidelidad, durante estos últimos años en que habéis residido en Valencia. Dicen que allí las damas resultan mas lascivas que las mismas napolitanas. En fin. dispensadme eslas intimidades, viejo amigo —apostilló la reina, poniendo una mano sobre sus rodillas, que no retiró en el transcurso de la entrevista. Si a nuestra edad no pudiéramos permit irnos estas licencia» —se excusó diciendo—, va me diréis qué nos quedaría de las dulces jornadas pretéritas,

— Como siempre, majestad, conserváis una agudeza extraordinaria, incluso en estos momentos tan difíciles —afirmó el conde {le Vranda y añadió, mirándola con ojos galantes: sois todavía una mujer bella.

-_lo perdáis el tiempo con salvas de pólvora, conde, os conozco demasiado bien • contestó Isabel de Farnesio. euvo rostro picado de viruelas estaba embadurnado de pintura facial, para tratar de ocultar con ello el antiguo rastro de la enfermedad que tuvo la fortuna de padecer de joven, antes de casarse—.Tenéis labios de porcelana —prosiguió—, Pero me quedan pocos días v no desearía (pie fuesen los más horribles de mi vida. Haceos cargo, don Pedro Pablo —continuó diciendo con lucidez la anciana señora—: los antiguos ministros han dejado, por fin. de ser útiles. Esquiladle lia desaparecido, sacrificado por el rey El marqués de la Ensenada, también. \o me compadezco de este par de ineptos, si os he de ser sincera. Otros mucho mejores han sido engullidos por el torbellino de los episodios recientes.

Estoy al corrienle. majestad —confirmó A randa . Decidme, ¿qué se sabe de Moñino?

Ta reina se echó a reír con una espontaneidad poco diplomática.

— ¡Este murciano lameculos os ha preocupado siempre! —exclamó con una risa (ranea . Pero dejadme que os diga que. aunque no tiene la categoría de la princesa de los 1 rsinos. se trata de un rival digno de vos. Cómo se nota, por la poca simpatía que le tenéis, que este entrometido *golilla* no pertenece a vuestra facción aragonesa, corno Roda. Azara v tantos otros. Para vuestro disgusto, querido amigo —prosiguió la reina . creo que esta ve? ha salido bien librado. Más os valdría que le vieseis de ahora en adelante como un aliado fiel, es decir, como un enemigo peligroso, digno de

ser tenido en cuenta. Su majestad pronto lo nombrará fiscal general de los asuntos criminales del Consejo de (-astilla. ¡j no cambia de opinión a última hora.

El señor de Al cora arrugó las cejas. Mantenía con Isabel de Farnesio una estrecha confianza, que con el curso de los años se había convertido en mutua complicidad, tari firme {como la que la reina madre mantenía con la casa de Alba. La mención favorable que hizo del futuro conde de Florida-blanca provocó un silencio tenso que el general no se atrevía a romper. Lo hizo la inteligente dama, con un aguijón digno de una abeja reina:

- _No hace aún diez días que. como sabéis, licencié a Leopoldo de Gregorio, don Pedro Pablo. Mi hijo, cuando tiene entre manos una decisión difícil, confía en las dotes diplomáticas de su madre.

No creo que sea mi caso, majestad —respondió el conde con diplomacia . Más licenciado va no me podéis tener, arrinconado en aquella región de España donde mis días se extinguen añorando el pasado. Mi única distracción consiste en abatir flamencos en las aguas de la Albufera. \a lo veis: si queréis transformar un general victorioso en un inútil, forjadlo a un destino civil —reflexionó \randa.

— El único defecto que os ha perdido siempre, don Pedro, ha sido la acusada tendencia a apiadaros de vos mismo. Sois el primer estratega de la nación, con un historial sin mácula v. en cambio, os consideraréis mi pobre infeliz —contestó la reina madre con una actitud severa -. \a sé que os habéis podido considerar postergado comiendo carne de anguila en aquella festiva\alencia. Pensad, no obstante, que los napolitanos gozaban en Madrid de un poder imbatible. que yo jamás llegué a aprobar. Os haré una confidencia —dijo bajando la voz - incluso contra la opinión del rey pocas veces me mereció ningún respeto este avaricioso grupo de irreflexiva gente del sur que nunca se sintió atraída por el granuloso paladar del queso de Parma, al que sabéis que so\ tan inclinada.

>i0 seáis injusta, reina, haciendo al presente chanzas de Esquiladle —consideró compasivamente \randa -. Admitid que como secretario tenía de vez. en cuando buenas ideas.

— Precisamente, señor, le perdió una magnífica idea, v si no levantarnos el campo a tiempo nos atrapa también a nosotros. De ideas, este reino está harto, \hora unos recla-

man pan y capas largas. Olios exigirnos éxitos, estabilidad v orden. — ^ conchivó, mirándole de hito en hilo corno si en realidad no luv iesc las niñas medio vacías: vos sois la pieza clave, mi querido amigo.

ha enrevista dejaba cnlre\er las primeras luces. Aranda. vencido íntimamente por la satisfacción, segregó al fin una sonrisa fácil. La vieja dama percibió entonces que ya lo había atrapado y, como si se tratase de rallar la última porción de un formidable queso parmesano. remató la faena:

—El rev carece en estos momentos de cualquier entretenimiento a su alcance que no consista en salir de caza o encerrarse en el invernadero de poniente. Se trata de una actitud displicente, que han heredado todos los varones de la familia. Cuando peor van las cosas para la nación, más les apasiona detenerse a observar el vuelo de las moscas. Las madres que los hemos parido los conocemos bien v nos mantenernos ojo avizor como hacen todas las mujeres del mundo —sentenció la vieja dama . _\e atribula sobre todo una inquietud —añadió . Os la desvelaré, amigo mío. porque quizá no tengamos otra oportunidad de vernos.

Majestad interrumpió Aranda —. no prodiguéis en estas jornadas tan malos augurios.

—> vos replicó ella . no juguéis a ser gentil conmigo en estos momentos trascendentales. Os conozco bien, señor de Aranda, v deseo conservar de vos el digno recuerdo de un amigo. Siempre hemos formado en el misino bando. No me vengáis a última hora con vanos cumplimientos ni con vacuas lindezas.

El conde de Aranda corroboró que se hallaba frente a una persona de aguda inteligencia, la barra firme del timón de la descompuesta nave del Estado. Sonrió con meditada complicidad, eludiendo formalidades.

—Excusadme, Isabel. _\e leñéis, como siempre, a vuestra disposición afirmó sinceramente el conde.

Así me gusta, general, que de vez en cuando me llaméis Isabel contestó jovialmente la madre del rev —. Sois el único que puede permitirse tal licencia v sabéis cuándo podéis ejercerla a mi gusto. Hace años que no oía pronunciar mi nombre. Dadme las manos, viejo truhán reclamó la anciana—. que quiero apreciar cutre las mías la firme energía de un combatiente v recordar así la epidermis viril de un galante.

El conde de Aranda. que había obtenido autorización para sentarse cu una butaca junto a la anfitriona. en el gabinete desde el cual se podrían haber contemplado los extraordinarios jardines (pie en aquella época del año se afirmaban non confianza si las ventanas rio hubiesen estado veladas por espesas cortinas, se levaril ó v depositó sus manos cutre las de la dama. Notó (pie ésta las tenía frías. La reina madre, como si profiriese el ceremonial de un juramento, dijo al varón:

—No sé si mis días serán pocos o muchos, viejo amigo; me considero una superviviente que amia por este mundo con los horarios cambiados. Pero lleváis razón: no residta nada halagüeño decir estas cosas demasiadas veces; efectivamente, trae mala suerte. Sabed que si contribuís a que mi hijo consene la Corona, os ayudaréis a sobrevivir vos mismo. Si cae el rey. desapareceréis también el resto de las piezas del tablero de ajedrez. Salid a su encuentro, entre los rosales del invernadero de poniente v atended las instrucciones que os dé. Uaecd las valijas para situaros inmediatamente en la corte, porque sois el nuevo presidente del Consejo de Castilla. Valencia ha muerto defiuilivaniente para vos. Marchad ahora en paz, señor conde.

Quedad en paz vos. señora —contestó \randa sin hacer ningún comentario a lo que acababa de escuchar. Permitidme que os bese las manos como amigo y como siervo. Siempre os recordaré tan extraordinariamente bella como se os puede admirar en el retrato de Ranc. de cuyo original deseo que sepáis que he encargado una copia a un jovenzuelo aragonés llamado Gova. según tengo entendido. Quiero recordar en lodo momento la fisonomía insuperable de una belleza clásica.

—Desapareced de mi vista, bergante, que nunca ha habido nadie como vos capaz de usar de tantas astucias para ganarse el corazón abatido de una dama ajada, \ concluyó, dirigiéndole la mirada perdida por última vez—: tenedme presente en los buenos momentos que aún os queden por vivir. Adiós, amigo mío. adiós.

—Hasta siempre. Isabel contestó el cautivador presidente del Consejo de Castilla, mientras abandonaba la estancia privada de la reina, en donde estaba prohibido dar cuerda a los relojes, con la peluca perfectamente encastada sobre un cráneo de atleta.

Zona de libre, tránsito

Obraje teatro 1ª ed. 2001'.

Zona de libre tránsito, escrita en colaboración con Vicente Muñoz Fuelles, transcurre en un pequeño aeropuerto de los Estados Unidos, cerca de la ciudad de Toledo >Ohio:. Consta de cinco actos. Cada acto tiene seis escenas, que generalmente son correlativas. En el escenario se muestra el decorado habitual de un aeropuerto: la puerta de embarque, la sala de espera con los paneles automáticos donde se informa sobre los vuelos, el control de policía, el mostrador de facturación, papeleras llenas, asientos de aspecto funcional desde los cuales también se ven los paneles de información y una puerta de cristal que se abre automáticamente y que da a la calle.

En uno de los bancos hay un hombre sentado, con gafas oscuras, sombrero y unas maletas junto a los pies. Es una estatua realista, de tamaño natural y de color gris. Las distintas partes del escenario se iluminan a medida que se utilizan.

Zona de libre, tránsito está inspirada en un hecho real que se divulgó en los medios de comunicación el año 1999; el anglo-iraní Merhan Karimi Xasseri, conocido por *Sir Alfred*, había permanecido ni más ni menos que 11 años viviendo en algunas de las dependencias del aeropuerto de Roissy-Charles de Gaulle, de donde no podía salir por tratarse de un inmigrante ilegal, ya que había perdido o le habían robado la documentación y no disponía, por lo tanto, del prescrito permiso de residencia. Todas sus pertenencias cabían en las tres maletas que siempre llevaba consigo en el carrito de aeropuerto, y que minea perdía de vista. Este "drama burocrático irrepetible, único y kalkiano" —tal como lo calificó el periodista— se resolvió cuando, al cabo de unos cuantos años de permanecer en una zona de libre tránsito, Bélgica le concedió el estatuto de refugiado político.

En *Zona de libre tránsito* se cuenta, en clave de comedia, una historia parecida, en la que Samir Xanuk, hijo de un esquimal y de una kurda, se ve retenido durante diez años en el aeropuerto de Toledo (Ohio) por carecer de documen-

tación, que había extraviado en el transcurso del vuelo que le había traído de Frankfurt. La zona de libre tránsito en la (pie se ve obligado a permanecer está vigilada de noche por Elvis Pelvis, guardia de seguridad que se cita con Susan, la azafata de vuelo que es su novia, para hacer el amor tras un mostrador de facturación. Por la noche también deambula por estas dependencias Debnrah Charring, la limpiadora de color que ocasionalmente ejerce de adivinadora del futuro de Amik. Precisamente ella le anuncia que «será una mujer decidida y enérgica la que le sacará de aquí».

Esta mujer será Candy Loving, *miss* Toledo, que encuentra a Xanuk siguiendo el rastro de sus maletas, que ha extraviado en uno de sus viajes y (pie han ido a parar a manos de Xanuk: las suyas, a su vez, las tiene Candy. Cuando se conocen, ambos se sienten mutuamente atraídos. Candy, además, siente admiración por Xanuk porque sabe que se trata de uno famoso jineta internacional en esperanto, y ella tuvo ocasión de aprender un poco esta lengua gracias a un amante esperantista.

Zona de libre tránsito, que está llena de alusiones a las patrias y a las fronteras, se publicó en 2001, tres años antes de que se estrenara la película de Steven Spielberg *La terminal* (2004).

ACTO II

ESCENA I

Los mismos, menos el guardia de seguridad.

Acompañada de su cando, ¡a mujer de la limpieza trabaja a toda velocidad. Sustituye las bolsas de basura repletas por otras nuevas y limpia mostradores y cristales. T.c ¡pida el poho a la estatua ron el plumero y la rocía con insecticida. Pasa la fregona jímio a Xanuk, que sigue, escribiendo, aunque muy despacio, y se detiene para olfatearlo.

LA MUJER DE LA LIMPIEZA.-- Oiga, ¿se ha dado cuenta de que empieza a oler como su compañero? {Seríala la estatua}.
YWUK. (Olfatea la estatua,; Imposible. Todos los esquimales olemos a musgo, y este hombre ni huele a musgo ni es esquimal.

LA MUER DE LA LIMPIEZA.— ¿A musgo: ' ¡Bonita manera de decirlo!

—\AM;K. — ¿Qué quiere que haga?

LA MI JEH DE EA LIMPIEZA. - ¡Ducharse! ^fLe apunta amenazadamente con un spray,. Si no lo hace, me \eré obligada a tornar otras medidas.

YA.NL K. Está bien, lo que usted diga. Pero antes quiero preguntarle algo. Hace una semana me dijo que tenía poderes de adivinación.

TA MUEK DE LA LIMPIEZA.— LOS tengo, sí señor.

YVNLK.— ¿Podría utilizarlos conmigo!¹ Yo es que u> crea mucho en eso. pero... _\le gustaría saber cuándo podré salude aquí v volver a Saskatchliewan.

LA MUER DE LA LIMPIEZA.-- Si no cree en ello, ¿para qué quiere saberlo?

YANUK. Si me dijera que voy a salir pronto, sería motivo de alegría. Y si me dijera que voy a salir tarde, pensaría ipie se ha cquhocado y me quedaría como ahora.

LA MLJER DE IA LIMPIEZA. Tendrá que enseñarme el pulgar.

YANCK. ¿El pulgar? ¿Adivina el futuro por el pulgar?

LA MUER DE LA LIMPIEZA.— ¿Le apetece enseñarme otra cosa?

AAMJt.— ¿Pretiere el pulgar derecho o el izquierdo?

TA MUER DE LV LIMPIEZA. ¿Con (pié mano escribe?

YANUK. ¡Viiva jireguntal I_ sted me ha visto escribir: con todos los dedos.

LA MUER DE IA LIMPIEZA.— Quiero decir cuando escribe a mano.

\ANLK. Con la derecha, entonces.

LA MUER DE LA LIMPIE/A. A ver... Extienda la mano derecha con la palma hacia abajo y deje el pulgar a un lado, de modo natural. (*Le loma el pulgar de la mano derecha y se lo dobla hacia atrás.*) Sí. claro,, Era de esperar. ¡Qué picarón es usted! Veamos la otra cara. {*Luego le da la vuelta a la mano.*}

•VVIIK.- j\ bien?

LA MUER DE LA LIMPIEZA. (*Con gravedad*:. Hay una mujer en su vida.

\A.NLK. — Puedo asegurarle que ha habido varias.

LA \UJER DE LA LIMPIEZA. - Ina de ellas le sacará de aquí.

NAMIK.— ¿-NO dice cuándo?

JA MUER DE IA LIMPIEZA. \O. Sólo dice que es una mujer decidida v enérgica.

YANUK.— (*Le muestra el pulgar izquierdo.*: ¿\ éste? ¿\o sirve para nada?

LA MUJER DE IA LIMPIEZA. Hay un pulgar que indica lo que se es v lo que ocurrirá. El otro, lo que se desea que ocurra.

NANUK.— *Le acerca el pulgar izquierdo.*) Mírelo, ¿quiere ?

TA MUER DE LA LIMPIEZA. (*Examinando el pulgar izquierdo.*: Está claro. Si de usted dependiera, ya estaría en casa. ./> *suelta la mano*). Y ahora, a la ducha.

.\anuk empieza a salir en dirección opuesta a la puerta principal. De pronto cambia de idea. Da media vuelta y va corriendo hacia la puerta de cristal automática, que no se abre. La palpa, como si buscara un resquicio, y regresa, cabizbajo.

YANUK.— _\o lo cutiendo. ¿Por que se abre cuando se acerca usted v no cuando me acerco yo?

LA MUJER DE L\ LIMPIEZA.— Está programada para que usted no escape. "Varón kurdo-esquimal de estatura corriente". Ya sabe, esa clase de cosas.

JNAM_K. ¿Varón, dice? Acaba de darme una idea. -*Coge ia maleta*). Es por allí, ¿verdad?

LA MUER DE LA LIMPIEZA.— Sí. junto a los servicios. ¿Para qué se lleva la maleta?

NAMLK. ¡Mujer, pava ponerme ropa limpia! *'Sale en dirección a la ducha*).

ESCENA XX

La mujer de la limpieza y la estatua.

La mujer de la limpieza continúa pasando la fregona. Termina, se sienta junto a la estatua y conecta la radio. Se oyen un par de truenos particularmente nudosos, aumenta el ruido de la lluvia y ella, temerosa, se abraza a la estatua. Luego, con un ademán de cierta repugnancia, se separa de ella y se pulveriza a si misma con el insecticida.

Por ia radio anuncian, con la sintonía correspondiente, el boletín informativo de las tres de la madrugada.

TA MUER DE LA LIMPIEZA.— Bueno, a ver si dan de una vez el parte meteorológico.

Voz DE I.OCITORA.— 'Fuera de escena. Lee': «Son las tres de la madrugada. Noticias. Fuga de un espía libio del aeropuerto de Toledo. Ohio. Esta noche, aprovechando la fuerte tormenta que está calendo sobre el estado de Ohio. un hombre que responde a la identidad de Samir anuk. relacionado con el terrorismo libio y el trauco internacional de armas, se ha Tugado del aeropuerto, en cuya zona de libre tránsito se haliaba recludo por carecer de pasaporte. Las autoridades alertan a la población sobre la peligrosidad de dicho individuo, al que se considera relacionado con los movimientos independentistas de la sociedad esquimal. Se cree que el terrorista va disfrazado de mujer»,

anuk vuelve de la ducha, i a disfrazado de mujer. Se luí puesto las prendas femeninas que había en la maleta, zapatos de tacón y la peluca pebrroja. Se ha paitado los labios.

LA MI JLH DE LA LIMPIEZA. . 'Sorprendida'. Oiga, acabo de escuchar que se ha fugado usted de aquí.

NAM'K. NO me extraña, es una radio mu\ buena. Eso es lo que en periodismo se llama ir por delante de la noticia,

1A MUER m; LA LIMPIEZA. _\O sabía que también fuera usted libio, señor anuk. Creía que siendo medio esquimal \ medio kurdo ya tenía usted bastante.

_ANIK. Kolaut, si no le importa. \ no sov libio. Lo que ocurre es que a la gente le da por poner etiquetas a todo el mundo.

L\ MUER DE LA LIMPIEZA. Ln poco espía sí que parece, con esa facha.

_AMK. {Se encoge de hombros). El que no sea un poco espía que tire la primera piedra.

1A Mi.TEii DE LA LIMPIEZA. ¿De verdad nos deja, señor Nanuk?

\\M"K.-- \l ritmo que vov. nunca acabaré ese poema. Señala el ordenador. \ \o necesito volver a casa. Si no salgo pronto de aquí terminare como éste, cubierto de cagadas de mosca. (Por la estatua).

LA MUER L>E LA LIMPIEZA. Haga lo que quiera, pero antes

saldré yo. \o quiero que Elvis me acuse de haber levantado la mano y de no haberlo vigilado como debía.

YVNLK. - De acuerdo. Vayase.

•*La mujer de la limpieza recoge su carrito y empieza a irse .*

I,\ MUER DE LA LIMPIEZA.— (iendosa). Le echaré de menos. ¿sabe!¹ Este aeropuerto, sin usted, no será lo mismo.

NANO*.. También yo le echaré de menos. Dcborah. Si pudiera, la llevaría conmigo.

La mujer de. la limpieza sale, anuk toma el ordenador portátil y lo coloca sobre las rodillas de la estatua. Luego se alisa la falda, repasa la colocación de la peluca y se dispone a salir con la maleta por la puerta de la calle. Poco antes de llegar junio la puerta se detiene y dice:

ISANUK.— Ábrete, Sésamo.

La puerta se abre. Suenan un trueno y sigue el nado de la lluvia.

fSi conviene, es aquí donde se podría inserir un descanso de diez minutos;.

ELS PLKCS *DEL MAGNAM*\1.

/,/.sobriitn ilel emperador

ile .Iosep Palomero,

se ha estampado sobre papel Torreón.
tanto el interior como la sobrecubierta.
v con tipografía Didot para el texto.

Se terminó ile imprimir
el día 29 de jimio <le 2008.

en Sueca,

en los talleres de imprenta
de Unís Palacios